

Texto por Raquel Díaz de la Campa Arias

Fotografías por Elena Almagro

En la Castellana hay unas fachadas como un inteligente decorado urbano, los bancos más importantes de España. atractivos edificios que se yerguen a su unos a los otros, ya sea por su dimensión que en esta ocasión se modera en tamaño en las profundidades de la arquitectura fachadas.

No supongáis una puerta de acceso de tamaño colosal por su uso, al contrario. Imperceptible apenas al peatón, se trata de una puerta de proporciones residenciales, que esconde tras de sí la intervención de Hans Hollein, en el año 1993. En la que volcándose hacia el interior, genera una grieta de luz entre su intervención y lo existente.

Un espacio de dimensión doméstica te recibe, rodeado de detalles materiales, como un despiece en el suelo que se retuerce y no entiende de simetrías. Resulta imperceptible

el interior desde el acceso y, una vez comienzas a adentrarte, descubres la grieta que separa las dos aparentes temporalidades.

EPALACE



repetitivas y regularizadas, actuando que escamotea una de las sedes de Se presentan pasivas frente a los alrededor mientras se hacen sombra los o su arquitectura. Un estar a la altura y mira hacia adentro, interviniendo ya construida y dejando respirar sus





Es la grieta más receptiva a la luz que he visto, ayudada por el estuco que recubre toda la verticalidad de sus paredes. Por fondo sobre el que el espacio central sus vértices.

los lucernarios de su cubierta. La grieta es la responsable de abrir el espacio, estrujarlo y después expandirlo a través del espacio central.

Un espacio central que al dilatarse estudia la forma troncocónica en la que hace descenso desde la cubierta, a la vez que el ocullo de ésta descarga sobre su perímetro sus fuerzas, ambos descienden y van desfragmentándose en su camino hacia el suelo, modificando juntos la arquitectura.

Todo parece en movimiento dentro de este espacio. Y cuando uno se aleja y atraviesa de nuevo su puerta, mira su fachada y se pregunta si todo lo anterior cabe allí dentro.

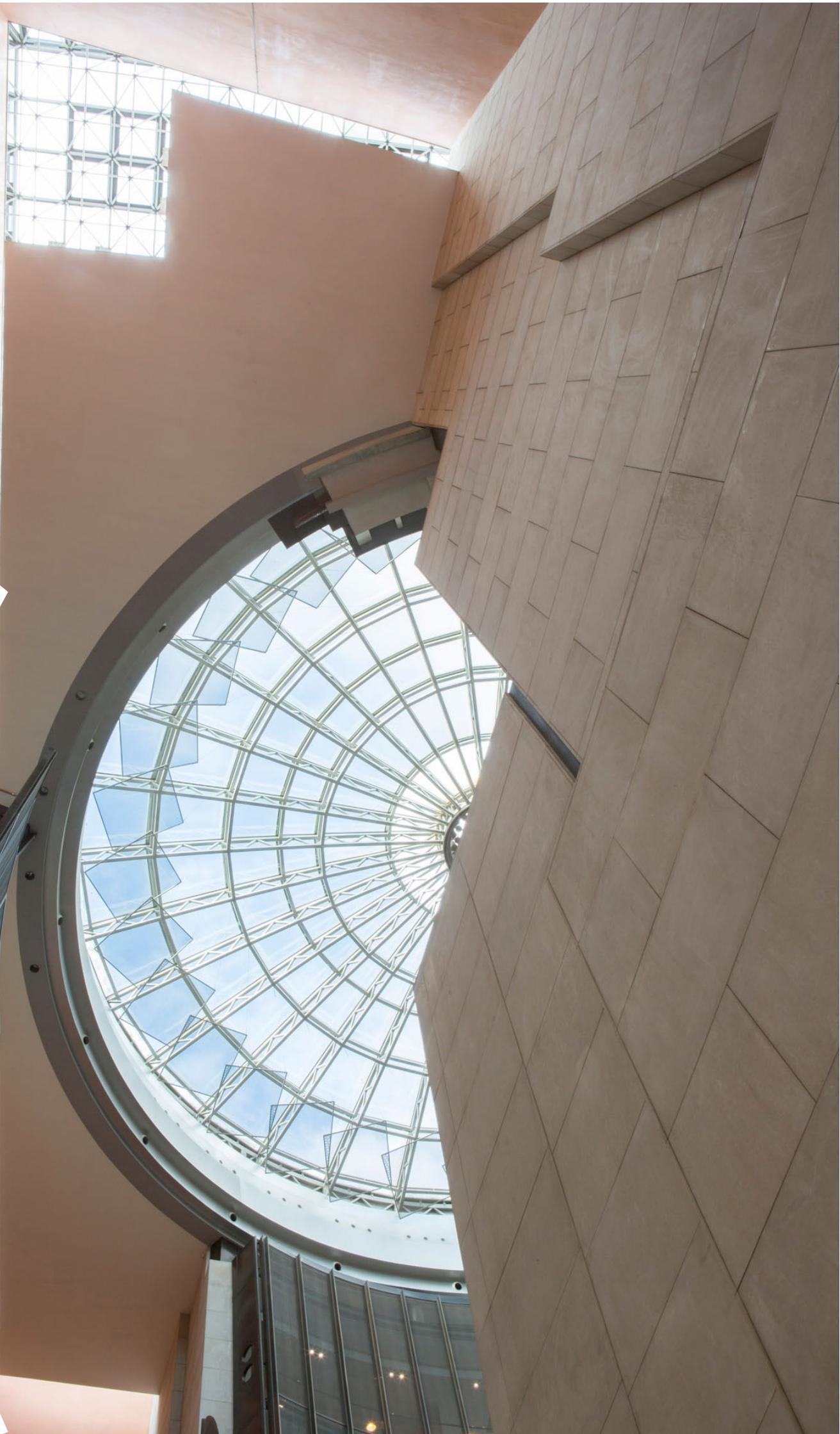


**ellas desciende la luz, como agua, hacia un
se apoya un paso a nivel introduciéndote en
donde las piezas de pavimento, por fin, unen**

**con la grieta, ella se cierra en sí misma,
acceso a la planta más baja, y dejando a
a través de la luz que chorrea sobre él desde**



SPACE





Sede del Banco Santander. Castellana 64, Madrid

Texto Raquel Díaz de la Campa

Photography: Elena Almagro

In La Castellana, there's a series of façades, repetitive and standardised, acting as an intelligent urban setting, hiding the headquarters of one of Spain's most important bank. They stand passive, facing the attractive buildings raising around them while they overshadow each-other, whether it is for dimension or architecture reasons. Being up to scratch is this time moderated in size, it looks inwards intervening on the depths of the already built architecture and letting its façades breath. Don't let its use lead you to imagine a colossal front door, quite the opposite. Almost unnoticeable to pedestrians, it's a residential-sized door, hiding behind the intervention by Hans Hollein in 1993. In which, turning towards the inside, a light crack between his intervention and the pre-existent elements is generated.

You're welcomed by a domestic-size space, surrounded by material details such as a wiggling drawing in the floor which has nothing to do with symmetry. The interior is unnoticeable from the entrance, but once you start to penetrate it, you discover the crack separating the two apparent temporalities.

It's the most receptive to light crack I've ever seen, helped by the stucco covering the whole surface of the walls. Light runs down them, as if it were water, towards a bottom on which a level crossing rests, taking you into the central space where the paving pieces, finally, connect their vertices.

But going on with the crack, it's closed in on itself, narrowing the access to the lower floor and knocking the visitor unconscious through the light pouring down on him from the roof skylights. The crack is responsible for opening the space, squeezing it, and then expanding it along the central space.

A central space which, when dilating, studies the truncated-cone shape in which it goes down from the roof, and, while the oculus of the latter unleashes its forces on it, both go down and defragment on their way towards the floor, modifying the architecture together.

Everything seems to be moving inside the space. And when you get away, crossing its door again, looking at its façade, you wonder how all of this can fit therein.